

Sección a cargo de Guillermo Fernández



# ITALIA EN LA COLMENA

# GIACOMO LEOPARDI

## REFLEXIONES LITERARIAS

Las personas de poca imaginación y sentimiento no son aptas para juzgar la poesía o textos de tal género, y cuando los leen, a sabiendas de que son famosos, no entienden el porqué, a causa de no sentirse transportados ni ensimismados con el escritor, aun cuando dichos textos sean de buen gusto y juiciosos. Esas personas, aun en el caso de ser muy entusiastas, son incapaces de sentir y dejarse transportar durante mucho tiempo, y sin embargo, pueden llegar a juzgar rectamente tales textos. Y muy a menudo sucede, por tal razón, que un buen juez de buena literatura y de las artes liberales, emita un juicio muy diferente sobre dos obras igualmente apreciables. A mí me ha sucedido con frecuencia. Al ponerme a leer con ánimo bien dispuesto, todo lo hallaba de buen gusto, toda belleza aparecía ante mis ojos, todo me estimulaba y llenaba de entusiasmo, y aquel escritor, desde ese momento, me parecía admirable y lo tenía en un gran concepto. En tal disposición, quizás el juicio puede pecar atribuyendo al libro un mérito que, en gran parte, pertenece al lector. Otras veces, me ponía a leer con ánimo muy frío, y las cosas más bellas, tiernas y profundas no eran capaces de conmoverme, y, para juzgar, debía atenerme al gusto y tacto ya formado. En tal modo, mi juicio se restringía a las cosas externas, y en las internas, a una conjetura del efecto que la obra pudiera producir en otros. En consecuencia, no podía tener gran admiración por tal obra. Debo decir que, a veces, otra persona que se hallaba en la circunstancia

de poder conmoverse, me decía una y mil maravillas de aquel libro, que ella leía al mismo tiempo. Esta consideración debe servir para: 1. Explicar la diversidad de juicios en personas igualmente capaces, diversidad que se atribuye siempre a otras cosas. 2. No fiar demasiado en sí mismo ni en juicios ajenos, por competentes que sean, y aplicar también un pirronismo a este respecto. Los juicios del público y del tiempo no se hallan sujetos a este inconveniente. (25 de agosto de 1820).

En los estudios humanos, es un curioso procedimiento el que los genios más sublimes, libres e irregulares, cuando han adquirido la fama estable y universal, se vuelvan *clásicos*; es decir que sus escritos ingresen en el número de los libros elementales y vayan a caer en las manos de los niños, igual que los tratados más regulares y áridos de los conocimientos humanos.

Las buenas poesías son igualmente inteligibles para los hombres de imaginación y de sentimiento, como para los que carecen de tales virtudes. A pesar de eso, los primeros las disfrutan, los segundos no. Estos, incluso, no pueden comprender cómo pueden gustar, porque no son capaces ni están dispuestos a ser conmovidos, sublimados, etcétera, por el poeta. Además de eso, porque aun entendiendo las palabras, no entienden la verdad y la evidencia de esos sentimientos: el corazón no les demuestra que esas pasiones, esos efectos, esos fenómenos morales, etcétera, que el poeta describe, son realmente así. Por lo tanto, las palabras del poeta, aunque claras, no representan para ellos aquellas otras cosas y aquellas otras verdades.

Es preciso observar que esto sucede también en los escritos filosóficos, profundos, metafísicos, psicológicos, etcétera, para no asombrarse de los muy diversos y, a menudo, y muy contrarios efectos que provocan en diversos individuos y clases, lejanos del concepto en que son tenidos. Pensad en un escrito de este género, lleno de certidumbres y compuesto con toda claridad en sus expresiones. Las palabras le dicen lo mismo al hombre profundo que al superficial: todos comprenden igualmente el

sentido material de lo escrito y, en suma, todos entienden perfectamente lo que el autor quiere decir. Sin embargo, no todos lo comprenden, como suele creerse. Porque el hombre superficial, el hombre que no sabe poner su mente en el estado en el cual se hallaba la mente del autor; el hombre que, más o menos, no es capaz de pensar con la misma profundidad del autor, entiende lo que materialmente lee, pero no ve las relaciones que tienen las frases con la verdad, no siente que la cosa es así, no conoce las relaciones y los nexos que él veía, y de los cuales deducía aquellas consecuencias, etcétera; consecuencia que para él, y para otro semejante, son incontrastables; para los otros, en cambio, no son ni siquiera verdades: verán las mismas cosas, pero no sabrán, ni sentirán, ninguna relación entre ellas, tampoco las consecuencias descubiertas por el autor; no verán la relación intercambiable de las partes del silogismo (dado que todo conocimiento humano es un silogismo). Asimismo, no tendrán la suficiente fuerza mental para poder dudar, sentir la racionalidad y la *verdad* de la duda en torno de las cosas que la naturaleza o el hábito dan por ciertas. En este número de personas se halla la mayor parte de modernos apologistas de la religión: hombres sin corazón, sin sentimiento y sin tacto en las cosas de la naturaleza, sin *experiencia* de la verdad, como esos lectores de poesía, carentes de experiencia en las pasiones, sin entusiasmo, sin sentimiento, etcétera. [...]

Por lo demás, para entender a los filósofos y casi a cualquier escritor, es necesario, como para entender a los poetas, tener mucha fuerza de imaginación y de sentimiento; mucha capacidad de reflexión, la suficiente para ponerse en el lugar del escritor, en el preciso punto de vista y de situación en el cual se hallaba al considerar las cosas que escribió. De lo contrario, nunca podrá parecernos claro, aunque lo sea en efecto. Tanto en el caso del escritor que os parezca convincente, cuanto en el caso contrario. Sé que con este método nunca me han parecido oscuros, o al menos ininteligibles, los escritos de la *Staël*, que todos consideran obscurísimos. (22 de noviembre de 1820). No basta entender una proposición verdadera, es necesario sentir su verdad. Hay un sentido de la verdad, como hay un sentido de lo verdadero y de lo bello en las

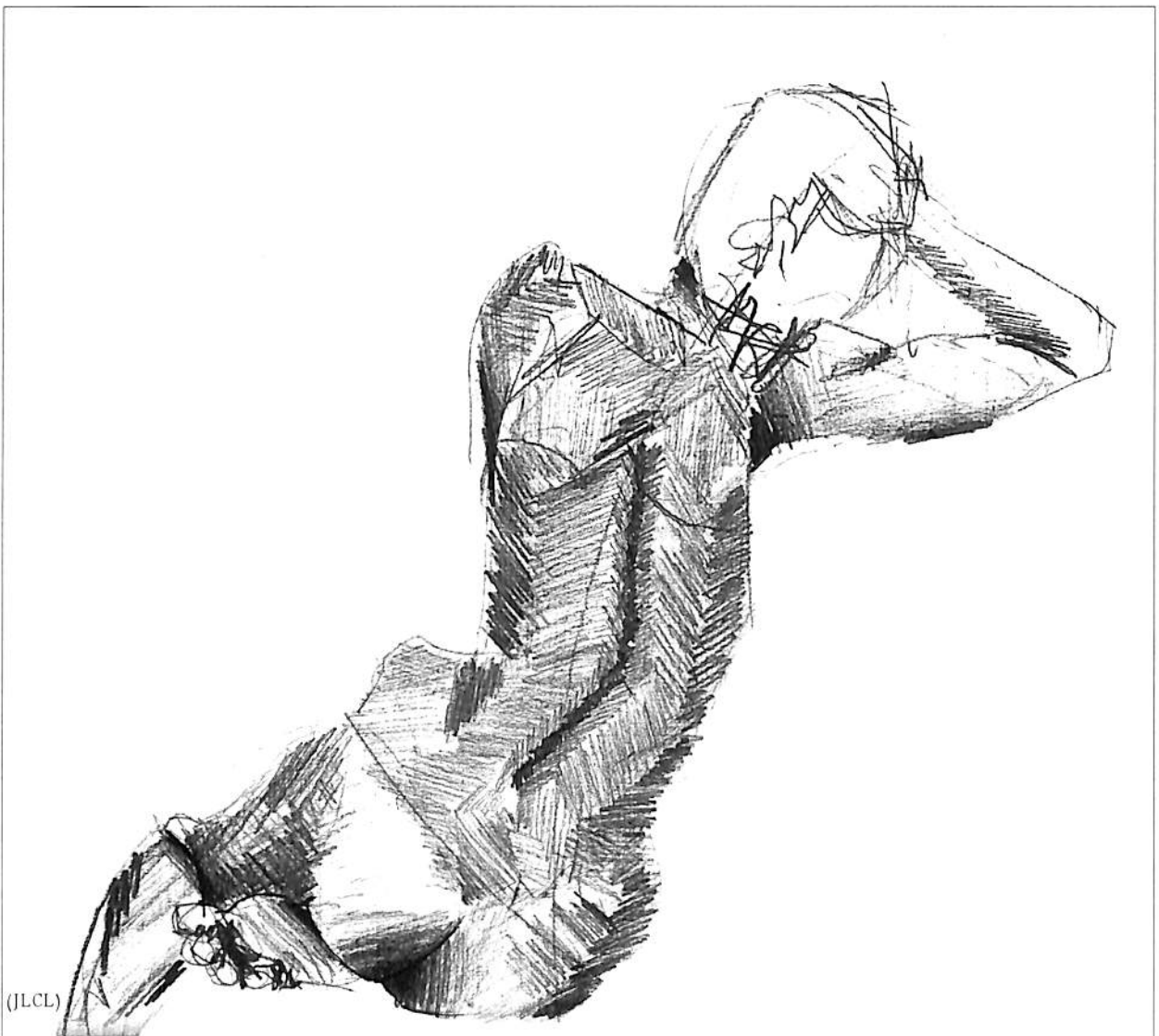
pasiones, en los sentimientos, en las bellezas, etcétera. Quien la entiende, pero no la siente, entiende lo que significa esa verdad, pero superficialmente, porque no la experimenta el sentido, o sea la persuasión.

Más allá del progreso de las luces exactas, del estudio e imitación de los ejemplos nacionales y de los antiguos; de la regularidad de la lengua, de la escritura y de la poesía reducidas a arte, etcétera, hubo otra causa que acabó por extinguir la originalidad verdadera y la facultad creadora en la literatura italiana, originalidad que terminó con Dante y Petrarca, es decir poco tiempo después del nacimiento de dicha literatura: la extinción de la libertad y el paso de la forma republicana a la monárquica, que obliga al espíritu impedido, expulsado o limitado en las ideas y en las cosas, a dirigirse a las palabras. Puede decirse que el Cinquecento fue, en cuanto forma de gobierno, completamente monárquico en Italia y otras partes. Las letras italianas resurgieron tras el sueño del siglo XIII, a la sombra de Cosme y de Lorenzo de Médicis, fundadores de la monarquía toscana y destructores de aquella república. Y en este resurgimiento (como luego bajo León X) las letras tomaron una forma regular, totalmente distinta de la del Trecento, y (lo que es aún más) de aquella que siempre suelen tomar en su cuna o en su resurgimiento. La literatura italiana no ha sido ya precisamente original e inventiva. Alfieri es una excepción, debida a su espíritu libre y contrario al de su tiempo, y a la naturaleza de los gobiernos que le tocaron en suerte. (8 de diciembre de 1920).

Con gran frecuencia, el exceso es el padre de la nada. Los dialécticos advierten que aquello que prueba en demasía no prueba nada. Esta propiedad del exceso se nota ordinariamente en la vida. El exceso de sensaciones o la superabundancia de ellas, se convierte en insensibilidad. Esta produce indolencia e inercia, incluso inactividad en los individuos y en los pueblos. Véase lo que a este respecto ha notado M. de Staël. El poeta, en el colmo del entusiasmo y de la pasión, no es poeta, por no hallarse en condiciones de poetizar. Mientras toda su alma hállese ocupada por la imagen del infinito, y las ideas se agolpan en su mente, no es capaz

de distinguir, de escoger, de aprehender ninguna: en suma, no es capaz de nada, no obtiene ningún fruto de sus sensaciones (ningún fruto considerable en teoría, práctica y uso de la escritura). El infinito sólo es expresable cuando no se siente, o después de haberse sentido, y cuando los grandes poetas escribían aquellas cosas que suscitan en nosotros las admirables sensaciones del infinito, su ánimo no se hallaba ocupado por ninguna sensación infinita: tal ánimo pintaba el infinito, pero sin sentirlo. Los supremos dolores corporales no se sienten, porque provocan el desmayo o la muerte. El supremo dolor no se siente mientras sigue siendo supremo, y su propiedad es la de dejar al hombre atónito, confundido, y la de hundir y obscurecer su ánimo hasta el punto de que el hombre deja de conocerse a sí mismo, sin reconocer la pasión que experimenta ni el objeto de ella: permanece inmóvil, sin actividad exterior y hasta sin la interior. Es por eso que los supremos dolores no se sienten en los primeros momentos, ni por entero, sino en la sucesión del espacio y de los momentos, y por partes, como lo he dicho en otras reflexiones. Y no sólo el supremo dolor, sino también toda pasión y sensación, aun cuando éstas no sean supremas, pero sí tan grandes y extraordinarias, que nuestro ánimo no fuese capaz de contenerlas. Lo mismo podría suceder con la dicha suprema.

Pero es preciso observar que muy raras veces la dicha, por muy grande y extraordinaria que pueda ser, nos deja atónitos o nos deja casi sin sentido. Esto nos ocurría tal vez de niños, y, de seguro, también a los hombres primitivos. Pero ahora, por poca que pueda ser la experiencia del hombre, es muy difícil que sea susceptible de una dicha rebosante, que apenas pueda caber plenamente en su ánimo. Por lo contrario, los hombres actuales son muy susceptibles de sentir dolor, al menos en la mayoría. [...] El hecho está en que el mal, sujeto del dolor y de las pasiones desagradables, es real; el bien, sujeto de la dicha, no es sino imaginario: para que la dicha fuese tal para superar la capacidad de nuestro ánimo, se requeriría, como en los niños y en los primitivos, una fuerza y una frescura de imaginación persuasiva y de ilusión, que ya no es compatible con la vida de hoy. (4 de marzo de 1821).



LOS ANTERIORES TEXTOS forman parte del vasto diario intelectual –cerca de las tres mil quinientas páginas– que Giacomo Leopardi escribiera durante doce años de su existencia. El mismo poeta de Recanati bautizó tan copioso material con el título de *Zibaldone di pensieri* (literalmente, *Miscelánea de pensamientos*), del cual apareció, por vez primera, en 1937, una amplia selección en el primer centenario de su fallecimiento.

En tal diario, comenzado a sus veinte años de edad, el gran poeta italiano reflexiona sobre los temas supremos de la vida humana: la naturaleza, la religión, la filosofía, la historia, el ser humano y sus pasiones, etcétera. El *Zibaldone* viene al encuentro de nuestro gusto moderno por los espontáneos y germinales estados de la reflexión sorprendida en sus momentos de desarrollo y enriquecimiento. Su pensamiento, claro y enérgico, perfila muy a menudo algunas ideas que dominarán en la segunda parte del siglo XIX y gran parte del XX, desde Nietzsche hasta el existencialismo. LC